JOSE MARIA GARRIDO

¡MADRAZA!

COMEDIA

en dos actos y en prosa, original



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1920

¡MADRAZA!

¡MADRAZA!

COMEDIA

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

JOSE MARIA GARRIDO

Estrenada con extraordinario éxito en el TEATRO PRINCIPAL de Cádiz el 3 de enero de 1920



MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.

TELÉFONO, M 551

1920

A Carlota Plá

y Miguel Ibáñez.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CONSUELO....................	Carlota Plá.
MARÍA TERESA...............	Amalia Gómez-Larxé.
DOÑA TRINIDAD.............	Angeles García.
PRESENTACIÓN...............	Amparo Martí
ESTRELLA....................	María Melgarejo.
RAMÓN.......................	Miguel Ibáñez.
PEDRO	Vicente Broseta.
DON JAIME..................	Francisco Martí-Ibáñez.
JERÓNIMO....................	Juan Hernansáez.
EVARISTO....................	Ricardo Espinosa.

Madrid.—Actualidad

Derecha e izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

Saloncito elegantísimo. Al foro, pasillo, muy bien puesto, por el que se va al salón principal de la casa. Puertas laterales que conducen a las habitaciones particulares.

En escena, y convenientemente distribuído, butaquitas, sillas y algún velador o mesita; moderuista todo y de gusto irreprochable. Es por la tarde.

—

(En escena CONSUELO y JERONIMO. Consuelo es una mujer que raya en los cuarenta, pero tan requetebien los lleva que apenas si representa unos treinta. Es guapísima, de una belleza extraordinaria, y por su esbelta figura cuesta trabajo creer que haya llevado en su seno a Pedro, Presentación y Estrella. Jerónimo, su administrador, es un vejete de unos sesenta años larguitos; su pelo es blanco, abundante, y su cara, completamente afeitada, nos dicen a primera vista que no en balde han pasado los años. En general su aspecto es simpatiquísimo.)

CONS. Es la última vez que molesto a mi hermano.

JER. No lo será.

CONS. Sí, Jerónimo, sí. Hoy reuniré a mis tres hijos y les haré ver la realidad. Más tarde o más pronto han de tocarla... ¿Qué más da que sea hoy?

JER. Reúnalos, sí; no han de creerlo.

CONS. Hoy, sí. ¡Qué remedio!

JER. No lo creerán. ¡Lleva predicado la señora tantas veces lo mismo!

CONS. Muchas, sí; pero aunque todavía no he hablado con mi hermano, se lo que me va a decir: que él no va a arruinarse por nos-

otros; que sentemos la cabeza y que dejemos de reunir en nuestros salones a gente que en nada nos va a servir y ha de ser la primera en lanzar al viento la ruina de los Villamiel, cuando esto llegue para nuestra desgracia.

JER. Y le sobrará la razón a puñados.

CONS. Ciertísimo. ¡Pero, lo van a sentir tanto mis pobres hijos!

JER. No le preocupe eso. Todavía estamos a tiempo de una retirada honrosa. Como el verano se aproxima, nada más natural que abandonar Madrid e instalarnos en cualquier pueblo de la provincia. Los meses de ausencia se encargarán de enfriar las relaciones, y con ello de ocuparse de los Villamiel.

CONS. Dices bien; pero eso equivale a destrozar el porvenir de mis hijos y no es humano.

JER. ¿Será más humano quedarse, arruinarse por completo y resistir el golpe cara a cara?

CONS. No; eso nunca.

JER. Entonces..., no hay otro medio que el expuesto a la señora.

CONS. Sí, sí; no queda más salvación que esa. Hablaré con mis hijos, les expondré el caso y, como no hay más remedio, nos iremos, nos marcharemos de Madrid.

PRES. (Saliendo de la primera izquierda. Presentación es una muchacha de unos diez y siete años, tan bonita como alocada. ¡Y cuidado que es bonita!) ¡Hola, mamá! ¿Estás aquí? Ya te veo.

JER. ¡Claro!

PRES. (A Jerónimo.) También te veo a tí.

JER. ¡Naturalmente!

PRES. Por cierto que estoy enfadadísima contigo.

JER. ¿Conmigo? ¿Qué motivos tiene la señorita?

PRES. Que pones triste a mamá.

JER. Yo no, señorita Presentación, es...

CONS. (Inquieta.) ¡Jerónimo!

JER. Es que, cuando estamos sólos la señora y yo..., no están ustedes.

PRES. ¡Si no dices otra!

JER. Me expliqué mal.

PRES. Eso debe ser.

JER. Quise decir que nos falta la alegría, la alegría, que son ustedes. Pruebe la señorita, que es unas castañuelas, a estarse sola en una habitación por espacio de una hora, no sé..., no sé..., no si...

PRES. No sigas, eso; presiento alguna de tus filosofías, que tanto me aburren—y perdona, vejete mío, si lastimo tu amor propio—, y no estoy para sermones. ¿Hay alguien en los salones?

JER. Las de Valdepeñas y unos amigos.

PRES. ¡Las primeras! ¡Qué antipáticas y qué cursis!

CONS. ¡Presentación!

PRES. Si digo la verdad, mamá. ¿No crees tú lo mismo? Seguramente alguien ha debido decirles que nos molestan, y se han dicho: «Ah, ¿sí? ¡Pues, las primeras!» Y las primeras son todos los días.

CONS. ¡Qué loca estás, hija mía!

PRES. (Besándola.) ¡Anda, que tú!...

CONS. ¡Pero, Presentación!...

PRES. Contaba papá que, cuando érais novios...

CONS. (Cariñosamente.) ¿Vamos a callar?

PRES. Pero, porque yo te lo impida. (La vuelve a besar.)

CONS. ¿Y Estrella?

PRES. Acabándose de arreglar quedó. ¡No ves que va de estreno!

CONS. Y tú, el próximo viernes.

PRES. Y que es una preciosidad de vestido. ¡Vas a ver lo que te gusta cuando me lo veas puesto!

CONS. ¡A este paso!... No queréis comprender que es imposible soportar este gasto. Lo poco que nos queda...

PRES. ¡Se me olvidaba! (A Jerónimo.) ¿Me digiste que estaban ahí las de Barrera?

JER. No; las de Valdepeñas.

PRES. ¡Es verdad! ¡Qué cabeza la mía! Y estarán solas. ¿Qué van a decir de nosotras? ¡Que no las hacemos caso! ¡Tan simpáticas como son!... ¡Tan cariñosas! Voy a ver... (Besando a Consuelo.) ¡Ven pronto, mamá! ¡Y yo que me olvidaba de ellas!... ¡Pobrecillas!... (Y hace mutis por foro derecha.)

CONS. (Suspirando tristemente.) ¡No quieren oirme! Tú lo has visto, Jerónimo. Los tres lo mismo. En cuanto asoma a mis labios una sola palabra para reconvenirles, para hacerles comprender que es imposible seguir gastando como hasta hoy, me dejan, me abandonan, no quieren oirme.

JER. Perdone la señora, pero opino que es poco

enérgica cuando trata de reconvenir a sus hijos.

CONS. No puedo; me besuquean, me miman, como si yo fuera la niña, y..., ya lo ves. Les dije esta mañana que la de hoy daría fin a las reuniones...

JER. Y el próximo viernes, amigos y conocidos se reunirán de nuevo en los salones de la señora para tomar el té y bailar.

CONS. Así será. Tú me conoces...

JER. Y puedo asegurar que seguirán las fiestas, las cuentas de las modistas y, lo que es peor todavía, las deudas de juego y francachelas contraídas por el señorito Pedro. Que el hermano de la señora habrá de volver a esta casa para hacer frente a los acreedores y evitar una vez más el escándalo. Todo ello será inevitable por no haber sabido la señora poner freno a sus hijos.

CONS. (Tristemente.) ¡Freno a mis hijos!...

JER. Ya, ya sé que no son tranvías, pero tanto como ellos lo necesitan.

CONS. Dices bien. Pero eso, ellos no lo comprenden, no quieren comprenderlo.

JER. ¡Tanto peor! La ruina en este caso es inevitable.

CONS. ¡Inevitable! Por ellos únicamente lo siento; por mí.. (A RAMON, que entra por el foro izquierda. Este Ramón es cincuentón, no de seriedad rígida y antipática, pero sí poco dado a bromas. Es una de estas personas pulcras, metódica en todos los actos de la vida y, por lo tanto, poco partidario de los que no piensan como él. Viste de frac.) ¡Oh, Ramón! Pasa, pasa.

RAM. ¡Hola, hermana! Jerónimo...

CONS. ¡Cómo me alegra el que hayas venido! Lo suponía y por eso no te mandé recado.

RAM. Ha sido una casualidad. Tú sabes que soy refractario a estas reuniones. Pero falto a ellas desde hace tiempo y he venido para evitar murmuraciones.

CONS. Bien, sí; sientate.

JER. Yo, con el permiso de la señora...

CONS. No; no te vayas.

RAM. Veo, con disgusto, que continúas dando fiestas en tu casa.

CONS. La última. Formalmente te prometo que la de hoy es la última.

RAM. ¡Me lo has prometido tantas veces!...

CONS. Ahora, no te engaño. Aunque quisiera..., no podría.

RAM. Luego hemos llegado otra vez...

CONS. A lo que tantas veces, mi querido hermano. Por eso te dije al entrar que me alegraba de que hayas venido. Pero, no pongas esa cara que no pienso molestarte más.

RAM. (Contrariadísimo; deseando acabar.) Bien; ¿cuánto?

CONS. Jerónimo decía que, puesto que llega el verano, podíamos abandonar Madrid...

RAM. Bien; ¿cuánto; qué cantidad deseas?

CONS. Déjame acabar.

RAM. ¿Para qué? Es inútil cuanto me digas; todo ello—te conozco demasiado—, no pasan de proyectos. Habéis querido que llegara este momento y.., ¡ya llegó! ¿Qué más te voy a decir? Tú dirás cuánto.

CONS. No te enfades, Ramón; sé que sobrados motivos tienes para ello; pero..., piensa que no soy yo, que son ellos, mis hijos, los que...

RAM. ¿Y quién es el responsable de cuanto hagan tus hijos? ¿Soy yo? ¿Es Jerónimo? Eres tú; tú sóla, hermana mía, que no has sabido tenerlos a raya. No te lamentes, pues, si hoy te ves arruinada; y no públicamente, gracias a mí.

CONS. Tú no tienes hijos; no puedes saber lo que son.

RAM. Los tuyos, unos malos hijos. Han llevado vida de príncipes y no daba para tanto vuestra fortuna. Pero no creas que los culpo a ellos de tu situación, no; te culpo a tí, a tí, que no has sabido poner freno a sus caprichos.

JER. ¡Lo mismo, exactamente lo mismo, me permití ya decirle a la señora hace un momento! ¡Freno! Eso; que no les supo poner freno.

CONS. Bien, sí, tenéis razón; pero, para comprender cuanto yo digo, cuanto les he dejado hacer, hacía falta, primero que nada, sentir en vuestras mejillas el calor de un beso filial. Vosotros, que no los tenéis, no podéis saberlo. Yo comprendo que no tenemos derecho a sacrificarte a tí, pero, ¿no soy yo la víctima, la única víctima de mis hijos? Porque yo soy joven todavía; yo he tenido pretendientes; yo he podido casarme de nuevo, y por

mis hijos, porque ellos no tuvieran otro padre que el que Dios les arrebató no he querido. ¿Que decís que no he sabido poner tasa a su continuo derrochar? ¡Conformes! No he sabido; quizás creyendo hacerles un bien les he causado un mal. Pero ya está hecho, ya no tiene remedio. Tú puedes salvarnos; que lo haces, ¿cómo no agradecértelo? ¿Que eres una víctima de mis hijos? Fíjate detenidamente en mi situación, creada por ellos, y dime si no soy yo la única digna de compasión.

RAM. Acabemos, hermana mía; ¿cuánto?

CONS. ¿Dinero?

RAM. Dinero.

CONS. Ninguno.

RAM. Debí comprenderlo; quieres que me encargue por milésima vez...

CONS. (Interrumpiéndole.) Y última.

RAM. Bien, sí; quieres que me encargue por «última vez» de liquidar todas vuestras trampas, ¿no es eso?

CONS. Eso te suplico.

RAM. Ya lo ha oido usted, Jerónimo. Haga una cuenta de cuanto esta casa adeuda y venga a entregármela.

JER. ¿De todo?

RAM. De todo, sí. (Hace mutis Jerónimo.) Quiero dejar liquidadas todas vuestras deudas hasta el último céntimo. Una vez hecho esto, cumplido e-te deber, que tú me atribuyes, abandonaré Madrid...

CONS. ¡Ramón!

RAM. Abandonaré Madrid para no volver a pisar sus calles mientras vosotros permanezcáis en él. Quiero evitar así lo que no estoy dispuesto a acceder una vez más.

CONS. Comprende...

RAM. Lo comprendo todo, hermana mía. Sé que tú y tus hijos habéis derrochado una fortuna; que habéis empezado a hacer lo propio con la mía, y que, como es natural, rompo con vosotros antes de que acabéis con ella. Liquidadas todas vuestras trampas, habremos terminado para siempre.

CONS. Tú no harás eso, Ramón.

RAM. Vosotros lo habéis querido. Nunca lo esperé de vosotros, nunca; porque yo, ¡fíjate!, yo

no me casé por no quitarles a tus hijos lo que casándome era de justicia que fuera para los míos; y tú y ellos, sabiéndolo, me lo habéis agradecido como nunca pude sospechar.

CONS. Ramón, hermano mío, no eres tú quien debe sacrificarse y a ello me opongo resueltamente. ¿Cómo voy a dejarte marchar por lo que dices? Compréndelo. Quédate que te doy palabra de nunca más volverte a molestar.

RAM. ¿Y con qué cuentas para ello?

CONS. No me lo hagas decir.

RAM. ¿Con qué cuentas? Propiedades no os quedan ni una; dinero...

CONS. No es eso.

RAM. ¿Con qué cuentas entonces?

CONS. (Avergonzada de lo que va a decir.) Con la boda de mi hija.

RAM. Estrella no quiere a su novio.

CONS. Nunca me lo ha dicho.

RAM. No te extrañe. Para admitirlo tampoco te lo dijo.

CONS. Entonces..., queda otra solución.

RAM. ¿Cuál?

CONS. Casarme yo.

RAM. ¿Qué dices?

CONS. Casarme yo.

RAM. ¿Y crees tú que encontrarás quien quiera casarse contigo? No, hermana, no; desecha esa creencia. Los que hoy te cercan y pretenden, ninguno, oyelo bien, ¡ninguno!, es capaz de unirse a tí ante Dios. Cuanto más, esos te admitirían como amante, y tú verás si esto es preferible a que obligues a tu hija.

CONS. ¡Pero si dices tú que no le quiere!

RAM. ¿Y es que vas a poder querer tú al primero que se te presente? Que no ha de presentarse; luchas con el inconveniente de tus hijos, que nadie ha de querer aceptar.

CONS. ¿Y cómo voy yo a obligar a mi hija? Sería su infelicidad si transigiera. ¿Y cómo voy yo, que soy su madre, a obligarla?

RAM. ¿No han sido ellos quienes han creado esta situación? Pues que ahora ellos la resuelvan.

CONS. Que es la infelicidad de mi hija lo que quieres, Ramón.

RAM. ¿Han evitado ellos la tuya?

CONS. No seas cruel. Comprende que no debo hacer lo que tú quieres, que no...

RAM. ¡Allá tú con tu conciencia! La mía me dice que he cumplido siempre como bueno y que he hecho cuanto humanamente me ha sido posible hacer por vosotros. Esto se acabó. ¿No quieres admitir el sacrificio de tu hija? Sacrifícate tú, mancha si quieres el apellido honrado que llevas, pero en adelante busca quien soporte vuestros lujos y el continuo derrochar de tus hijos, que yo he muerto ya para vosotros.

CONS. ¡Chits!... Calla... Vienen...

(Entran, por el foro izquierda, DOÑA TRINIDAD y EVARISTO. Doña Trinidad es una señora de unos cincuenta y cinco... voluminosos y cursis, enormemente cursis. Se cree una niña, habla como una niña y, a su edad, no es el biberón precisamente lo que necesita. Evaristo es un chico de unos veintidós años, viste de frac y. . el resto de su personalidad, el diálogo se encargará de decírnoslo)

TRIN. ¿Qué es lo que ven mis ojos? Mi buen don Ramón. .

RAM. Doña Trinidad, Evaristillo...

EVAR. ¡Dichosos los ojos!

TRIN. ¿Y tú, Consuelito? ¡Tan guapa siempre!

CONS. (Saludando a Evaristo.) ¿Cómo juntos?

EVAR. Nos hemos encontrado casualmente.

CONS. ¡Ya sabe doña Trinidad lo que se hace, ya!

TRIN. Por Dios, hija, ¿qué dices? Tú, mejor que nadie, sabes que no es Evaristillo—sin que esto sea una ofensa para él—quien me roba hoy el sueño.

EVAR. (¡Ni lo quiera Dios!) (Se sienta al lado de Ramón.)

CONS. Pero cómo, ¿todavía don Jaime no?...

TRIN. ¡Todavía no, hija! (Suspirando ruidosamente) ¡Ay! ¡Lo que me está haciendo sufrir a mí ese hombre!

CONS. Si decían que ya...

TRIN. Nada, en absoluto nada. Este don Jaime no tiene nada de aquél otro.

CONS. ¿Del Conquistador?

TRIN. No; del otro, del catalán, el que me pretendió este verano. Esto es hereditario. No tiene otra explicación. Desde mi tatarabuela acá, todas, absolutamente todas las de la familia, nos hemos pirrado por los Jaimes. Tú lo sabes. ¡Y es que todos los que hemos conocido

han sido tan buenos!... ¡Qué amigos! ¡Ni uno malo! En cambio, ¿te acuerdas de aquél profesor de piano? Amadeo, el que pretendió a mi hermana Teresa ..

CONS. Ah, sí; ya me acuerdo.

TRIN. Pues no quieras saber la que nos jugó. ¡Un Judas!

CONS. Si parecía un santo.

TRIN. Y todas lo creíamos. Por eso fué más nuestra extrañeza. ¡Qué raro—decíamos—que este Amadeo nos haya salido falso! ¡Es el primero!

CONS. Ya lo puede usted decir.

TRIN. El primero que nos ha engañado. Porque yo soy de las que ven a una persona, y me basta mirarla una sola vez para saber en seguida de qué pie cojea. Por eso... (Siguen hablando.)

EVAR. No, señor. También hacía mucho tiempo que no tenía el gusto de pisar estos salones. Estoy abrumadísimo de trabajo.

RAM. ¿Otra obra?

EVAR. La misma. ¡Pero estoy sosteniendo una de luchas que... ríase usté de Raku!

RAM. ¿Por qué?

EVAR. Porque... Verá usted. El segundo acto, lo desarrollaba yo en un café cantante; había que pintar decorado y ¡ay! esto a la empresa no le gustó ni mucho ni poco.

RAM. ¿Se negó?

EVAR. Rotundamente. ¿Y a qué dirá usted que me ha obligado?

RAM. ¡Qué sé yo!

EVAR. ¡Asómbrese! ¡A trasladar la acción a un cementerio, para aprovechar el decorado del quinto acto del *Tenorio*.

RAM. ¡Qué atrocidad!

EVAR. Y así estoy. Como el estreno está anunciado para la próxima semana y he tenido que hacer nuevo el segundo acto, me he pasado escribiendo cuatro noches, y he de estar de pie y aun así me quedo dormido.

RAM. Eso ya es peor.

EVAR. ¡Quiá! Lo peor no es que me duermo, sino que ronco y sueño en voz alta. No exagero, no. Usted no sabe cómo está un autor en vísperas de estreno.

RAM. ¿Y tienes confianza de que guste?

EVAR. Mucho más. Estoy convencido, tengo la evidencia de que gustará extraordinariamente.

RAM. ¡Caramba, Evaristillo!...

EVAR. ¡Como se lo digo!

RAM. No digo yo que la pateen o guste poco, porque tú escribes bien, conoces el teatro a...

EVAR. (Apuradísimo.) ¡Píseme un pie!

RAM. ¿Cómo?

EVAR. ¡¡Píseme un pie!! ¡Pronto! Por lo que usted más quiera, don Ramón, píseme un pie.

RAM. ¡Pero, chiquillo!...

EVAR. ¡Que me duermo, don Ramón, que me duermo!

RAM. Te soplaré a los ojos que es muy probado. (Y don Ramón le sopla a los ojos.)

EVAR. ¡Ay! Gracias, no podía más.

RAM. ¿Pero, tan falto estás?

EVAR. Cuatro noches sin dormir; cuatro días asistiendo a los ensayos de mi obra, que ese sí que es martirio, ¡escuchar lo que uno a escrito!

RAM. Quedamos en que algún defectillo tendrá.

EVAR. ¿Mi obra? Sí, señor; uno sólo.

RAM. ¡Vamos! Ya confesamos...

EVAR. Que mi comedia sólo tiene un defecto: mi nombre. Si en lugar de leerse en el programa «de Evaristo Martín de los Ríos» se leyera «de don Manuel Linares Rivas, don Jacinto Benavente o Quintero», mi obra alcanzaría un éxito ruidoso.

RAM. Celebro que sea ese el defecto, porque eso me dice que tu comedia vale.

EVAR. ¡Píseme un pie!

RAM. ¡Otra vez!

EVAR. ¡Sópleme, don Ramón, sópleme!

RAM. Pero, escucha, ¿me has tomado por un fuelle? (Le sopla otra vez a los ojos.)

TRIN. Ahora creo haber encontrado el medio para que se me declare.

CONS. ¿Cómo?

TRIN. Una mujer que tiene una virtud verdaderamente milagrosa para hacer casamientos. Vive en Chamberí. En echando las cartas por un hombre, ese hombre concibe una pasión tan grande que en seguida empieza a perder las ganas de comer, al juego, y a adelgazar exageradamente.

CONS. ¡Compadezco a don Jaime!

TRIN. Compadécele, porque con él voy a emplear este recurso. Piden veinte duros.

CONS. Por un marido me parece barato. ¡Más de mil dieran algunas!

TRIN. ¿Y si no se me declara?

CONS. Entonces, es caro.

TRIN. No; entonces es que las cartas engañan.

CONS. O la maga. (Ríen.)

(Por el foro entra don JAIME. Este don Jaimo, que es de la misma quinta de doña Trinidad, es un infeliz rematado, muy fino, la amabilidad personificada. Luce en su cabeza una reluciente calva y, como todos, viste de frac.)

JAIME ¡Hola, hola! Reina el buen humor, ¿eh?

CONS. (A doña Trinidad, que ha palidecido horriblemente.) (¿Podra ser?.) Ahí lo tiene usted.

RAM. (Que cansado de soplarle los ojos a Evaristillo ha dejado que este se duerma.) Mi querido don Jaime.

JAIME ¡Cómo: El señor de Villamiel... (Saluda.) Doña Consuelo, doña Trinidad.

TRIN. *¡Mio caro signore!*

JAIME (¡Malo!) ¡Caramba! La encuentro muy bien; pero muy bien, doña Trinidad. ¡Qué colores!

TRIN. Eso es el corsé, que me aprieta una atrocidad.

JAIME (Por Evaristo, que continúa en el limbo.) ¿Y este joven? ¡Carambo, si es nuestro dramaturgo! ¿Cómo estamos?

RAM. Creo que dormido.

CONS. ¡Cómo!

TRIN. ¡Será posible!

JAIME (Pasándole la mano suavemente por la espalda) ¡Evaristillo!

EVAR. (Despertando sobresaltado.) ¿El tercer acto? Bueno, sí, dónde usted quiera. (Todos ríen.)

JAIME ¿Qué le ocurre al tercer acto?

EVAR. ¡Ah, don Jaime! .. Perdone, perdonen... Don Ramón sabe la causa.

JAIME Ya, ya sé que en la próxima semana es el estreno, pero me parece demasiado pronto para delirar.

TRIN. (A Consuelo.) ¿Cómo me las compondría yo para sacarle un retrato?

CONS. ¿A quién?

TRIN. No seas cruel. ¡A él! Necesito su retrato para llevárselo a esa mujer.

CONS. Pídaselo.

TRIN. Eso pregunto yo. ¿Cómo?

CONS. Pues..., pidiéndoselo.

JAIME (Aproximándose al grupo que forman Consuelo y Trinidad.) ¿Y Presentación? ¿Y Estrella?

CONS. Presentación, en el salón; Estrella, acabándose de arreglar.

JAIME Por Pedro es inútil preguntar. ¡Sabe Dios por dónde andará esa bala perdida!

CONS. Usted lo ha dicho: sábelo Dios.

RAM. Seguramente en donde no debiera frecuentar mucho ni poco.

PRES. (Que sale.) ¿Todavía sin salir Estrella? (Saluda a todos, menos a Evaristo, que de nuevo se ha dormido.)

CONS. Sí, le cuesta.

PRES. ¡Oh! Aquí está ya. (Sale ESTRELLA por primera derecha.)

EST. ¡Señores!

TRIN. ¡Qué elegante! ¡Qué monísima estás!

EST. ¿Cómo estoy?

JAIME ¡Encantadora!

TRIN. (Que ésto le vuelca el corazón, suspira ruidosamente.) ¡¡Ay!!

EST. Hola, tiíto. ¿Te gusto, mamá?

CONS. Mucho.

PRES. En el salón se quejan de vuestra ausencia.

CONS. Pues, vamos.

TRIN. ¿Quién te lo ha hecho?

EST. «Antoán»

TRIN. ¡Precioso!

PRES. El próximo viernes verá el mío.

TRIN. ¿Otro?

PRES. Pero qué lindo, qué chic.

(Vuelve a salir JERONIMO, por donde hizo mutis, y entrega un papel a Ramón.)

JER. Este es el total.

RAM. Llévenme a casa el detalle.

CONS. (Que no pierde de vista a su hermano.) ¿Te vas?

RAM. No; iré al salón con vosotros.

CONS. (General.) ¿Vamos?

EST. Sí, vamos.

TRIN. (Aparte, a don Jaime.) ¿Me permite usted un momento?

JAIME Con muchísimo gusto.

PRES. ¿Se quedan?

TRIN. En seguida vamos. (Hacen mutis todos menos doña Trinidad, don Jaime y Evaristo, que continúa en

el país del sueño.) Don Jaime... ¿A qué vamos a andar con rodeos? No soy partidaria de ellos ni mi espíritu de niña me lo permiten.

JAIME ¿Ha dicho de niña?

TRIN. Sí; de niña...

JAIME (¡De setenta años!)

TRIN. De niña, sí; porque así pienso y así es mi corazón.

JAIME No sé quién, pero creo recordar que alguien dijo que eso, es lo único que no envejece.

TRIN. Así, pues, con mi infantilidad propia de mis años y sin que le demos a ello otra importancia que el de una niñada, voy a pedirle ..

JAIME Supongo que no serán relaciones.

TRIN. No; eso es de su incumbencia, y usted ya tiene edad para saber lo que hace.

JAIME (¡Por eso no se las pediré!)

TRIN. Lo que voy a pedirle, mi «atortolante» amigo, es un favor.

JAIME Si está en mi mano ..

TRIN. No, en su mano no está; lo debe tener en su casa, y, de no ser así, un fotógrafo se encargará de hacerlo.

JAIME No sé si la tendré en mi colección. ¿Es alguna postal de la Cibeles o de la Estación del Norte lo que usted quiere?

TRIN. Ninguna de esas dos; pero sí una digna de coleccionarse.

JAIME No comprendo...

TRIN. Usted no comprende muchas cosas.

JAIME ¡Doña Trinidad!

TRIN. Soy una niña, un bebé, no me haga caso. Continúo.

EVAR. (Que sueña.) ¡No por Dios!

TRIN. ¿Eh?

JAIME ¿Cómo?

EVAR. (Soñando.) ¡No se me corta! ¡Antes la cabeza que esa escena!

JAIME ¡Pobrecillo! Sueña que le destrozan su drama.

TRIN. Pero...

JAIME Continúe.

TRIN. Según tengo yo entendido pasa usted todos los días por la calle de San Joaquín, ¿no es verdad?

JAIME Sí, señora. Por cierto que no voy a volver más, porque iba allí a tomar mi vasito de

leche todos los días y hace bastantes que no sé qué demonio les pasa que se les corta.

EVAR. (Soñando.) ¡No se corta!

JAIME Pues así me lo dicen. (Dándose cuenta de que sueña.) ¡Ah, ya!

TRIN. Pues en esa calle, habitando un cuarto piso con entresuelo y principal...

JAIME En las nubes, vamos.

TRIN. Vive una muchacha... qué digo muchacha, una niña casi...

EVAR. (Soñando.) ¡Que te crees tú eso!

TRIN. Una niña casi, que está muertecita, pero que muertecita por usted.

EVAR. (Soñando.) ¡Por mí!

JAIME ¿Por quién?

TRIN. Por usted.

EVAR. (Soñando.) ¡Por mí pueden cortarle a don Jacin o cuanto quieran, pero a mí no me cortan ustedes nada!

TRIN. Yo despertaría a este muchacho; debe sufrir horriblemente. ¿Qué le querrán cortar?

JAIME Su comedia. No le haga caso. Dígame, doña Trinidad: y esa muchacha, esa niña...

TRIN. Quiere su retrato de usted; le quiere con locura y rabia por poseerlo.

JAIME Y... es bonita, ¿eh? Es...

TRIN. Es... ¡una mujer! ¿Qué le importa a usted lo demás?

JAIME Bien, sí; pero usted convendrá conmigo en que hay mujeres... y mujeres.

TRIN. Lo esencial es que ella le quiera y de eso respondo yo.

JAIME ¡Doña Trinidad... no solo de pan vive el hombre! (Entusiasmándose gradualmente.) A mí me haría feliz eso que usted ha dicho, una mujer que, sin ser niña, no pasase de los veinte. Queriéndome mucho, con carnes, pero sin llegar a la exageración. De ser posible, rubia, de almendrados ojos color de caramelo... ¡Qué dulces deben ser!

TRIN. ¡No, no! Ese no es su ideal. Usted me engaña.

JAIME Doña Trinidad... ¡que yo no miento nunca! En eso que he dicho de la rubiez y de los ojos almendrados acaramelados, dije el Evangelio.

TRIN. ¿Y no sería usted feliz si en vez de acaramelados los tuviera agarrapiñados?

JAIME ¡A almendra salgo! Me es igual que sea agarrapiñada. Pero joven, ¿eh?, joven.

TRIN. Yo no soy ninguna vieja.

JAIME (Después de mirarla fijamente.) ¡Más joven!

TRIN. Por Dios, don Jaime; vuélvame a mirar detenidamente.

JAIME (Dios mío, qué sospecha. Si será ella la... ¡Pero no, es imposible!)

TRIN. ¿De manera que cuándo me va usted a hacer la caridad de darme su retrato?

JAIME Esta misma noche. Y dígala usted de mi parte que...

TRIN. Hay tiempo. Cuando usted sepa quién es, ya se lo dirá directamente y mucho se lo ha de agradecer.

JAIME ¿Y cómo podrá saber ella?

TRIN. Venga usted todos los días a mi casa.

JAIME ¡Me hace usted el más feliz de los hombres! A usted le deberé...

TRIN. ¡Chist! Cállese usted ahora. Vamos al salón; seguramente habrán notado ya nuestra falta y si nos vieran aquí solos... sospecharían...

JAIME Sí, vamos.

TRIN. Sospecharían quién sabe qué cosa. Y, sobre todo, que no está bien que yo, una señorita, una niña casi, quede sola en ninguna parte.

JAIME ¡Por Dios, doña Trinidad!

TRIN. Y a usted le temo. Mira usted de un modo... ¡Ay! ¡Y yo soy frágil!

JAIME (¡Si fuera frágil ya la habría yo dado una patada que la hubiera hecho añicos!)

TRIN. ¿Pero qué van a decir si entramos los dos solos en el salón?

JAIME Pues... (¡que yo he perdido la cabeza!)

TRIN. Se me ocurre una cosa. (Dándole golpecitos a Evaristo para que despierte.) ¡Evaristo!... ¡Evaristo!. . Soy yo.

EVAR. (Despertando.) ¿Usted?

TRIN. Sí, yo.

EVAR. (¡Pues si lo llego a saber no abro los ojos!)

TRIN. ¿Soñaba usted?

EVAR. He visto visiones.

JAIME (¿Será alusión?)

TRIN. Vamos, que nos esperan

EVAR. (Haciendo mutis.) Vomos; pero el tercer acto no lo cambio. Primero retiro la obra. (Ríen doña Trinidad y don Jaime, que hacen mutis tras él por el foro derecha.)

(Por foro izquierda entran MARIA TERESA y JERONIMO. María Teresa es una mujer de unos treinta años; hermosísima, muy viva, algo romántica, muy libre al hablar, y más aún en lo que nos callamos. Viste un elegantísimo traje de calle.)

M. TER. Hágame usted el favor, Jerónimo, de decirla que aquí la espero.

JER. Con mucho gusto. (Y hace mutis por foro derecha.)

(Pequeña pausa antes de salir CONSUELO, que aprovechará María Teresa para curiosear el saloncito.)

CONS. (Saliendo y yendo a besar a María Teresa.) María Teresa. ¡Gracias a Dios que viniste!

M. TER. Tengo que contarte muchas cosas.

CONS. (Por el traje.) ¿Cómo así?

M. TER. Sí; solo he venido a disculparme; tengo mucho que hacer.

CONS. ¡Cuánto lo siento!

M. TER. Más lo siento yo; pero tú sabes que mi vida es el amor, y habiéndole puesto alas, sería una ofensa para él si yo no volase.

CONS. Qué bien te encuentro.

M. TER. Qué quieres, hija; la felicidad lo da todo, hasta los buenos colores.

CONS. La verdad es que de esto último sí puedes presumir. ¡Qué colores!

M. TER. Se me fué la mano. Aunque yo siempre he opinado que es mejor pecar de más que de menos.

CONS. ¡Ya, ya! ¿Y tu marido?

M. TER. No me lo recuerdes. Tan grosero e insoportable como siempre. ¿Sabes que rompí con Rodrigo?

CONS. (En tono de reproche.) ¡María Teresa!

M. TER. Sí, hija, sí; me engañé.

CONS. Confiesa que te engañas casi siempre.

M. TER. Porque siempre creo que se trata de una pasión. (Fijándose en los ojos de Consuelo.) ¡Tú has llorado!

CONS. (Vivamente.) No.

M. TEE. ¡Mientes! No hay más que mirarte a los ojos. ¿Te ha ocurrido algo?

CONS. Nada en absoluto.

M. TER. ¿Por qué has llorado entonces?

CONS. Te lo parece a ti. Te aseguro que...

M. TER. ¡Ves! Si a mí no puedes engañarme. Estás llorando otra vez. Cuenta: ¿qué te ocurrió?

CONS. Que son mis hijos, María Teresa; que son ellos quienes se han propuesto matarme.

M. TER. ¿Otra calaverada de Pedro?

CONS. ¡Qué sé yo! Que nos hemos quedado en la miseria. Tú eres mi amiga de la infancia y a ti puedo decírtelo todo. Por milésima vez nos salva del escándalo mi hermano Ramón, que, para evitar que mis hijos le arruinen, ha decidido marcharse de Madrid. Acabo de hablar con mi hija Estrella, que casándose ahora con el hijo de los condes de Veracruz, solucionaba nuestra situación, y me dice que nunca, que sus relaciones con ese hombre han sido únicamente un pasatiempo, que ella nunca le ha querido.

M. TER. ¡Pobre amiga mía!

CONS. ¿Comprendes ahora mis lágrimas? Y son ellos, ellos, los que han traído esta situación. Yo no he sabido oponerme a sus caprichos, y las fiestas, cuentas de modista y locuras de Pedro, han traído lo que debían traer: la ruina a esta casa.

M. TER. Hazla ver que es preciso que se case; ¡oblígala!

CONS. ¿Y cómo la voy a obligar yo, María Teresa? Si no le quiere, cómo le voy a decir yo: «pues a la fuerza». Comprende que es un pedazo de mi carne, que es mi hija y que no debo obligarla.

M. TER. Sí debes. No casándose es la ruina, destruir el porvenir de Pedro y de Presentación. ¡Oblígala!

CONS. No puedo, no puedo.

M. TER. Pues ya sabes lo que te aguarda.

CONS. ¡Eso nunca! La miseria, no; por ellos, por mis hijos, por Madrid entero. ¿Qué dirían si esto ocurriera? Que por su madre, que no supo serlo, estaban en la miseria. Aconséjame. Desde luego con mi hermano Ramón no hay que contar. Yo he pensado en casarme. Pero, ¿con quién? He rechazado a cuantos me pretendieron y ahora no puedo esperar.

M. TER. ¿Sabes quién está locamente enamorado de ti? Me lo ha dicho millones de veces y yo creo habértelo dicho muchas a ti.

CONS. No recuerdo

M. TER. ¿Será posible? ¡Gómez Vaquer!

CONS. ¡El banquero!

M. TER. El mismo. Bastaría una leve insinuación mía para que fuera tuyo.

CONS. Pero ese es casado.

M. TER. ¡Qué importa!

CONS. (Ofendida.) ¡María Teresa! ¿Crees que soy como tú?

(A María Teresa esto le llega al alma y baja la cabeza para disimular las lágrimas que saltan de sus ojos. Breve pausa.)

M. TER. Me has ofendido. Yo no te oculto lo que soy y lo que te he dicho fué por tu bien.

CONS. Perdóname. Pero cómo voy yo...

M. TER. Si se porta bien... ¿no es preferible a casarse con un hombre como el mío? Tiene encima todos los defectos que pueda tener un mal marido. Por tenerlos todos... ¡ni siquiera es celoso ese estúpido! ¿Qué decides? Esto es cuanto yo puedo hacer por ti; si tuviera millones, millones te hubiera ofrecido y dado, pero como no los tengo, te he propuesto lo que creo que es hoy tu salvación.

CONS. Gracias, gracias... Pero es horrible pensar que pude haberme casado y que por mis hijos no lo hice, que llegue ahora por ellos a... ¡Dios mío, qué espantoso es esto!

M. TER Puedes estar segura que Gómez Vaquer es un hombre para cualquier secreto. De su boca no saldrá una palabra. Ya ves tú, fué amante de la Salazar mucho tiempo y ni a su íntimo Rodrigo dijo nada. Es un pozo.

CONS. ¿Qué Salazar es esa?

M. TER. La de Acevedo.

CONS. Pero si pasa por una persona formal.

M. TER. Pues ahí verás. Pasar... pasan. ¡Tantas hay!... ¿Qué decides?

CONS. No puedo hacerme el ánimo. ¡Es tan grande lo que me propones!...

M. TER. Lo que te propongo, no; tu salvación, la de tus hijos.

CONS. Déjame pensar.

M. TER. Lo que quieras. (Levantándose.) Y me voy; no vine más que a darte una explicación y ya estoy aquí mucho tiempo. Me esperan; ya volveré mañana.

CONS. No me dejes así; espera un poco más.

EST. (Saliendo.) ¡Hola, María Teresa!

M. TER. Estrellita! (Se besan.)

EST. Que se nota tu ausencia, mamá. Pero qué es eso, ¿todavía llorando?

CONS. Y tú eres la causa.

EST. ¿Yo, mamá?

CONS. Sí; tú y tus hermanos. ¿Decididamente no te casas con ese hombre?

EST. Decididamente.

CONS. Está bien.

EST (Besándole.) Si no le quiero, mamá.

CONS. (A María Teresa.) Cuando quieras ya lo sabes, María Teresa.

M. TER. ¿Te decides?

CONS. ¡Me deciden!

M. TER. Adiós entonces. (Mutis.)

EST. ¿A qué, mamá?

CONS. Tú no puedes comprenderlo.

EST. (Con mucho mimo y besándola.) Tú no puedes comprenderlo, tú no puedes comprenderlo... Pero comprendo que eres tú muy buena y por eso te quiero mucho, muchísimo.

CONS. (Desfallecida déjase caer encima de una silla, y con la voz velada por el llanto, dícese:) ¡Madraza! ¡Madraza! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Gabinete muy elegante. Puerta al foro, que se supone es la del dormitorio de Consuelo; otra, lateral izquierda, para las habitaciones interiores; y otra, en el dé la derecha, por la que se viene de la calle. Convenientemente distribuídos los muebles de rigor.

—

(En escena PRESENTACION y ESTRELLA, que colman de atenciones a DON JAIME por unos papeles de música que les ha traído, y PEDRO, que, en un rincón y sentado, lee. Han pasado quince días desde el acto anterior y es de noche. (¡Quizá llueva!)

PRES. ¿Por qué se ha molestado?

EST. ¿Cómo agradecerle?...

JAIME Nada, nada, ninguna molestia; ni me lo tienen que agradecer de ninguna manera.

EST. ¡Siempre tan bueno!

PRES. ¿Y de quién es?

JAIME Anónima.

PRES. ¡Qué raro! Porque siendo como usted dice una preciosidad...

JAIME ¡Una maravilla! La oí tocar ayer en casa del maestro Rodríguez, de quien saben ustedes soy gran amigo, y me la recomendó. Como yo por desgracia no toco otro piano que el de manilla, y aun este bastante mal, pensé en ustedes, y al venir hacia aquí esta noche la he comprado.

EST. Un millón de gracias. ¿Vamos a tocarla, Presentación?

PRES. ¿Y tampoco sabe el maestro Rodríguez de quién es?

JAIME También lo ignora. Entre poner un nombre

que no ha de conocer nadie y han de despreciar, vale más valerse del anónimo, porque al menos así intrigan. En esto opino como nuestro dramaturgo amigo Marmota.

PRES. Y quién es ese, don Jaime?

JAIME Evaristo. ¡Nuestro gran Evaristo!

PRES. Cómo ha dicho usted: ¿Marmota..?

JAIME Porque siempre está durmiendo. El otro día asistí a un ensayo de su obra y nuestro hombre, que estaba sentado al lado de la concha, se durmió y cayó desde el escenario al sitio destinado a la orquesta. Un atril aplastó, que tuvo que pagar.

EST. ¿Gustó su obra?

JAIME Si no se ha estrenado todavía.

EST. ¿Pues no era para la semana pasada?

JAIME Así estaba anunciado, pero como ha tenido que reformar todos los actos, aún no ha podido estrenarse.

PEDRO Mañana se estrena.

JAIME ¿Mañana?

PEDRO Aquí lo dice.

EST. ¡Qué raro siendo así que no haya venido a invitarnos!

PEDRO Aún puede que venga.

JAIME ¡Quién sabe! Como ha tenido que luchar tanto esta vez y anda el pobre como alocado... a lo mejor se le olvida.

EST. No se lo perdonaba.

PRES. El vendrá si quiere. ¿Vamos al piano a tocar esto? (Desenvolviendo el paquete.) ¿Cómo se titula? (Leyendo.) «Una noche».

EST. No dice nada el título.

PRES. Para mí, mucho. ¡Pueden ocurrir tantas cosas en una noche!

JAIME Tú lo has dicho. En una noche puede Pedro ganar una fortuna; en una noche puede perderla; en una noche...—como la que Presentación tiene entre sus manos—un músico hasta hoy desconocido se hace célebre· Y para terminar, en una noche, se pueden ver las estrellas como me las hicieron ver a mí, en la que, equivocadamente, me dieron con un palo en la cabeza. Así es que ya ven ustedes cómo en una noche pueden pasar muchas cosas.

PRES. Pues vamos a ver si en esta es cierto lo de la celebridad. ¿Vienes, Pedro?

PEDRO (Sin soltar el periódico.) Bueno.

JAIME Yo, sintiéndolo mucho, no puedo acompañarlas.

EST. ¡Cómo! ¿Se va usted?

JAIME He venido exclusivamente a traerles esos papeles y me voy.

PRES ¿Sin ver a mamá?

JAIME Póngame a sus pies. No puedo detenerme más. Me esperan a las diez. (Oyese la voz de Evaristo que habla dentro.) ¡Caramba, el dramaturgo!

PRES. Pues ahora se fastidia y se espera a ver lo que dice.

EVAR. (Desde la puerta de la derecha.) ¿Se puede? (Da la mano a todos.) Con seguridad que ya me habrán puesto ustedes mala fama. Me ha sido imposible abandonar los ensayos. Si estando yo presente me han desfigurado los diez mil arreglos que he hecho, si no estoy allí no conozco mi obra el día del estreno.

EST. Ahora mismito hablábamos de usted.

EVAR. ¿Bien o mal?

EST. Bien. En esta casa no se habla mal de nadie... si está presente.

EVAR. ¡Natural! Y me gusta la franqueza.

EST. A qué le vamos a engañar.

PRES. Pero a usted, por esta vez, ha sido levísimo el corte.

EVAR. Menos mal.

PRES. Decíamos que nos extrañaba el que usted no hubiera venido a invitarnos para el estreno.

EVAR. No lo volverán a decir. Porque aquí estoy yo y aquí el palco para mañana. (Lo da.)

PRES. Muchísimas gracias.

EST. Le aplaudiremos.

PRES. Y pediremos que salga.

EVAR. Ahora es a mí a quien corresponde dar las gracias. Pero tengo un miedo... ¡La obra gustará!

JAIME ¡Entonces!...

EVAR. Ahora mi miedo es a la prensa.

JAIME ¿A la prensa?

EVAR. ¡Ay, don Jaime! ¡La prensa hace mucho!

JAIME Que digan lo que quieran.

EVAR. No; que digan que es buena; que fué un éxito grande.

JAIME Si lo es lo dirán.

EVAR. Así sea.

(Entra DOÑA TRINIDAD.)

TRIN. Buenas noches a todos.

PRES. ¡Doña Trinidad!

EST. ¡Hola, doña Trinidad! (Se besan.)

JAIME (A Evaristo.) Me iba cuando usted entró. Así es que...

EVAR. Me voy con usted.

TRIN. ¿Ahora que yo vengo se van ustedes?

JAIME (¡Por lo mismo!)

EVAR. Yo tengo que visitar a muchos amigos. Como mañana es el estreno...

TRIN. Que sea un éxito,

EVAR. Gracias.

PRES. Lo mismo decimos.

EVAR. Gracias, muchas gracias. ¿Vamos, don Jaime?

JAIME Vamos. (A los que quedan.) Hasta mañana que nos veremos en el teatro. (A doña Trinidad.) Tengo que hablar con usted. (Doña Trinidad al oir esto está para desmayarse.) Cuando usted quiera, Evaristillo.

EVAR. (Que habla con Pedro.) Gracias, chico.

(Mutis Evaristo y don Jaime.)

TRIN. ¿Y vuestra mamá?

EST. Por ahí dentro andaba.

PRES. Hablando con Jerónimo quedó. (Viéndola aparécer por la puerta del foro acompañada de JERONIMO.) Ahí la tiene.

CONS. (A Jerónimo.) Cuando venga me avisas. (Hace mutis derecha Jerónimo.) Mi buena doña Trinidad.

TRIN. Hay novedades; ahora te contaré.

PRES. Nosotras vamos a tocar esto al piano. Tira ya ese periódico, Pedro. (Hacen mutis los tres por la izquierda.)

CONS. (Al quedarse solas.) ¿Qué novedades son esas?

TRIN. Dame la enhorabuena.

CONS. Con mucho gusto. Pero, ¿por qué?

TRIN. ¡El milagro! ¡Ya empieza el milagro! Fuí a casa de aquella mujer, la de Chamberí.

CONS. ¿Qué mujer?

TRIN. La de Chamberí... la maga. La llevé mi retrato y el de don Jaime. Ya ha empezado a meterle las agujas en el corazón.

CONS. ¿Qué agujas?

TRIN. ¡Ay, es verdad, que tú no lo sabes! Pues, esa mujer, esa santa, hace un corazón de cera, lo pega al retrato del hombre que una quie-

re, y durante una semana clava a media noche una aguja bendita con un preparado que ella tiene y reza.

CONS. ¿Y la dió usted dinero?

TRIN. Veinte duros.

CONS. ¡Doña Trinidad!

TRIN. ¡No me digas nada! Tú te reirás o dirás lo que quieras, pero desde que ha empezado esa mujer a meterle las agujas al corazón de don Jaime, este es otro. En estos últimos ocho días ha venido a verme ocho veces, ¡ocho veces!

CONS. ¡Claro! Le dijo usted que sabía de una muchacha que estaba perdidamente enamorada de él, y va detrás de usted para que le diga quién es.

TRIN. ¡Oh, no! El sabe que ésa muchacha soy yo; lo sabe, sí, lo sabe. Estaba aquí cuando entré y, al marcharse, se me acercó y me dijo: «Tengo que hablar con usted». ¿Qué dices a esto? ¡El milagro, el milagro! De aquí a unos días se me declara. ¡¡Ay!! ¡Permítelo, Virgen del Perpetuo Socorro!

CONS. Pero, doña Trinidad, ¿tan enamorada está usted de ese hombre?

TRIN. ¡Un horror! Ese hombre me vuelve loca. ¡Tengo cada sueño!... ¡Hasta estoy en pecado mortal! ¡Y qué sudor!... Me mudo de ropa interior siete veces al día ¿No me encuentras más delgada?

CONS. No.

TRIN. Pues lo estoy, hija, lo estoy. ¡Ay, y qué luna de miel vamos a pasar!

CONS. ¡Doña Trinidad!

TRIN. Porque ese hombre se casa conmigo. ¡Don Jaime me da a mí su apellido .. o se lo robo! Ya lo creo que se lo robo. Y ahora me voy.

CONS. ¿Ya?

TRIN. No he venido más que a darte estas noticias. Perdóname, hija, pero no puedo detenerme. Me voy a ver a la maga, a mi diosa.

CONS. Pero no la de más dinero.

TRIN. ¡Todo el que me pida!

CONS. ¡Doña Trinidad!

TRIN. ¡Todo el que me pida! ¿No es justo, ya que a ella deberé mi felicidad? Es decir, a ella y a don Jaime. La calva de ese hombre, lo confieso, me trastorna.

CONS. Pues... que él sea con usted.

TRIN. ¡La Virgen del Perpetuo Socorro lo querrá! ¡La tengo dos velas encendidas día y noche! ¡¡Dos!! Y si consigo lo que deseo, con toda mi alma, le encenderé cuatro, veinte o cuarenta mil. Por velas no ha de quedar. (Besándola.) Adiós, adiós, Consuelo. Ya te traeré noticias. Adiós.

(Mutis por la puerta de la derecha hasta donde la acompaña Consuelo. Al volverse se encuentra a PEDRO, que ha entrado por la izquierda.)

CONS. Qué sigilosamente has entrado. ¿Vas a salir?

PEDRO Sí.

CONS. Ya me extrañaba que tú pasaras una noche en casa.

PEDRO Pero antes quería hablar contigo, y...

CONS. Que no tienes dinero, ¿no es verdad?

PEDRO Acertaste. Pero no era por eso solo por lo que quería que habláramos.

CONS. ¿No?

PEDRO No.

CONS. ¿Qué es entonces?

PEDRO Mamá... Tú te has lamentado muchas veces de que derrochábamos mucho; últimamente nos digiste que el tío Ramón había abandonado Madrid por temor a que nosotros le arruináramos y que ya él había tenido que hacer frente una porción de veces a nuestros acreedores, ¿no es verdad?

CONS. Todo ello es muy cierto.

PEDRO Bien, yo, lo confieso, como nunca he sabido cómo andaba nuestra fortuna ni me he preocupado de ello, he llevado una vida muy poco recomendable por cierto. He gastado como un nabab, he tirado el dinero a manos llenas sin saber que podía acabarse ni de dónde salía. Yo no soy un golfo, ni un mal hijo, ni un mala cabeza, como algunos han creído por la vida que he llevado, no; yo he llevado esa vida porque en ella entré sin saber cómo ni cuándo, y porque nadie —no lo tomes como reproche— me condujo a otra. Es decir, que igual que he llevado esa vida perniciosa, pude haberla llevado de santo, si en este ambiente me hubieran colocado; no ha sido porque el vicio arraigase en mí.

CONS. ¿Qué quieres decir, hijo?

PEDRO Quiero decir, mamá, que todo esto que hasta hoy no me ha preocupado, me está atormentando desde anoche espantosamente. Alguien, que no pude averiguar quien, dijo que una persona muy conocida en Madrid, entra en esta casa todos los días a la misma hora, para... ¡No puedo repetirlo, mamá!

CONS. ¿Por qué, hijo?

PEDRO Porque... porque no es cierto, porque tú no puedes haber llegado a lo que aquél canalla dijo.

CONS. ¿Pero qué dijo?

PEDRO Que tú eras la... No puedo, mamá, no puedo repetirlo; la frase al llegar a mi boca traba mi lengua que se resiste a pronunciarla.

CONS. ¡Dios mío! ¿Y tú te creíste semejante embuste? Vamos, vamos, Pedro, desecha esa idea y no hagas caso de los que tal calumnia propalen.

PEDRO Es que aquél miserable, a quien he de matar, lo afirmaba.

CONS. Si aquél lo afirmaba, tu mamá lo desmiente, y a quien tú debes creer es a mí. Despréciale.

PEDRO Te han ofendido, mamá; me han ofendido a mí, nos han ofendido a todos nosotros.

CONS. ¿Y qué ofensa puedo yo sentir de los que tamaña calumnia me levanten?

PEDRO ¿Y qué derecho le asiste a nadie para jugar con la honra de una familia? Ninguno. Pues con el mismo derecho, a ese vil calumniador, le he de arrancar la lengua para que nunca más lo repita. Han dudado de tu honradez, madre; te la quitan, te la roban a ti, que eres mi madre, que me diste la vida, que eres santa entre todas las santas, que no hay mujer como tú. Si siendo verdad mataría a quien lo dijera porque no lo propalase, ¿cómo no quieres que arranque las entrañas a ese vil calumniador?

CONS. ¡Hijo!

PEDRO Dime que no es cierto, que mintió...

CONS. Mintió, hijo, mintió. Y ahora, tranquilízate; nadie se salva del qué dirán. ¿Qué de particular tiene lo que tú has oído?

PEDRO Es que el que duda de tu honradez, duda de la de su madre.

CONS. ¡Hijo!

PEDRO — Pero nadie más que yo es el culpable; sí, yo que al morir mi padre no supe ser el hombre que se necesita en toda casa y más en una casa como ésta, donde cegada la madre por el amor de sus hijos, deja que éstos la arruinen. Pero aún es tiempo.

CONS. — (Con gran desaliento.) ¡Aún es tiempo!...

PEDRO — Sí, sí, aún es tiempo. Si es cierto, como dices, que no hay dinero, yo lo buscaré. ¿Cómo? ¡En el juego! ¡He ganado tantas veces!... ¿Que así no? ¡Trabajaré! ¿Te crees que me asusta el trabajo? Trabajaré en lo que sea. Trabajan otros siendo débiles, de naturaleza enfermiza y no se mueren... (En tono de broma.) ¿Me voy a morir yo que tengo estos «biceps», tócalos, (¡Ojo, los brazos!) y que no me parte un rayo, como suele decirse?

CONS. — ¡Qué bueno eres!

PEDRO — (Con mimo.) ¿Qué no daría yo porque mi mamaíta no sufra ni nadie pueda decir nada de ella? Me habéis tenido por una bala perdida y nada menos cierto. Si tú en vez de llorar y no hablar me hubieras dicho «esto pasa», ten la completa seguridad de que nunca hubiéramos llegado a esta situación. Pero el miedo, el temor a contrariarnos, ese pavor inexplicable a los hijos... No es reproche, mamá; es hacerte comprender que nada tan absurdo como emplear el engaño con los hijos, cuando si alguien tiene derecho a saber la verdad, son ellos.

CONS. — ¿Y qué verdad quieres saber ahora? Combinaciones de negocios nos obligó a recurrir a vuestro tío Ramón; hoy nada nos hace falta; tenemos cuanto necesitamos; ¿qué más voy a decirte? Lo único que añadiré es que me has dado una gran alegría al decirme que no eres como todos y yo misma creíamos. Sólo me preocupa una cosa: que no estéis casados; eso es lo que deseo con toda mi alma Cuando esa alegría me deis tú y tus hermanas, ese día será el más feliz de mi vida.

PEDRO — Sí, eso es...

CONS. — Y no hagas caso de los que por ahí afirmen esto o lo otro de mí; valen tan poco que no merecen otra cosa que el desprecio. Pídele a

Jerónimo lo que necesites y vé dónde quieras.

PEDRO A jugar.

CONS. Bien, sí; a dónde quieras.

PEDRO No me has comprendido; a jugar, pero, por última vez. Y aunque digas tú lo que digas, no creas que me has convencido. Sé que no tenemos una peseta. Tú, no sé de dónde, has reunido una cantidad que habrás de devolver, y como gane esta noche ya verás lo que hacemos.

CONS. ¿Qué haremos?

PEDRO Tú deja que yo gane, que... ya verás.

(Entra JERONIMO, muy alarmado, por la derecha.)

JER. Señora.

CONS. ¿Qué ocurre, Jerónimo?

JER. Que ahí está don Ramón.

CONS. ¿Mi hermano?

JER. Sí, señora.

PEDRO ¿No abandonó Madrid?

JER. ¿Qué le digo?

CONS. ¿Qué vas a decirle? Dale a Pedro lo que necesite y dile a mi hermano que aquí le aguardo.

JER. (Viendo aparecer a RAMON.) ¡Aquí está ya!

PEDRO (Haciendo mutis tras Jerónimo por primera derecha.) ¡Hola, tío!

CONS. ¿Qué novedad es esa? ¿Cómo tú por aquí?

RAM. Te sorprende, ¿no es verdad?

CONS. Me extraña.

RAM. Cuando sepas el porqué de esta visita, seguramente has de encontrarla muy natural.

CONS. Antes de hablar. ¿Has venido por asuntos exclusivamente tuyos o míos?

RAM. ¿Luego sospechas a lo que vengo?

CONS. Tú responde: ¿es por mí por quien tu vienes o porque tengas que hacer en Madrid?

RAM. Por tí me fuí de Madrid, y por ti vuelvo a él.

CONS. Si no te hubieras marchado no hubieras tenido necesidad de volver. Es todo cuanto tengo que decirte. Si no deseas más...

RAM. ¿Luego es verdad lo que me han dicho?

CONS. ¿Y cómo voy a saber yo—pobre de mí—lo que hayan podido contarte?

RAM. Que tú y Gómez Vaquer, el banquero...

CONS. Es verdad. ¿Eso era todo lo que querías saber?

RAM. ¡Desgraciada!

CONS. Mancha el apellido honrado que llevas, me dijiste al marcharte. No te importó que, desgraciadamente, ésto llegara a ser verdad algún día. Y te marchaste, me abandonaste, y ahora vuelves porque te han dicho que yo, tu hermana, para salvar la vida hecha de sus hijos, sacrificó su honradez. ¿Por eso vuelves? No cabe duda; ¡eres un gran hermano!

RAM. No he vuelto más que por saber qué había de cierto en esa murmuración.

CONS. Pues, ya lo sabes; cuanto te digan es verdad. Y lo que yo menos podía esperar era que tú, mi hermano, quien me precipitó a esta caída, que pudo evitar, venga hoy a pedirme cuentas.

RAM. Pero, ¡desdichada!; ¿no te salvé de la ruina mil veces? ¿No te aconsejé tuvieras a raya a tus hijos? ¿De qué me culpas?

CONS. ¿Y no te dije yo mil veces que eran mis hijos, que tenías razón en cuanto decías, pero que no tenía carácter para ello? Tu obligación era, ya que yo no podía, haber impuesto tu autoridad Pero, era más cómodo, cuando yo te confesaba mi falta de energía y pedía que me salvaras, decir: «¡basta!, ¿cuánto?»

RAM. Pero, eso fué cuando ví que no podía conseguir nada.

CONS. No quiero discutir este asunto. Acabo de tener una conversación con mi hijo, que ya ha llegado a sus oídos lo que a tí te han dicho, y se lo he negado, le he dicho que es una calumnia. No mató a quien tal dijo porque no pudo averiguar quièn era. Como él llegara a tener una desgracia por esto, y de esto nadie tiene la culpa más que tú, que yo no te vea, no te presentes ante mi vista, que olvidaría que soy hermana tuya para... ¡Detente lengua, detente!

RAM. ¿Qué ibas a decir? Acaba, acaba de escupir lo que quedó en tu boca.

CONS. Inconscientemente quizás, ya te lo he dicho, de mi desgracia sólo tú tienes la culpa. Porque mis hijos son buenos, la que no ha sabido ser madre he sido yo; y siendo ellos buenos como lo son, como mi hijo acaba de demostrarme, con uno que los hubiera guia-

do por buen camino nunca hubieran llegado a esta situación. Pero, tú fuiste cobarde, cobarde, sí; porque si en vez de huir, que fué todo lo que se te ocurrió, hubieras practicado lo que tan solo insinuaste, mis hijos hoy no tendrían que avergonzarse de su madre. ¿A qué vuelves? Vete, ya no te necesito, ya encontré el hombre que esta casa necesitaba. ¡Mi hijo! El jugador, el pendenciero, el borrachín, el juerguista, él va a salvar esta casa; ya no me haces falta, vete, vete, y como dijiste, no pongas los pies en Madrid mientras en él estemos nosotros, mis hijos y yo. ¡Vete!

RAM. Te encuentro desconocida.

CONS. Ya me cansé de llorar, de suplicar con los ojos llenos de lágrimas y con la voz ahogada por el llanto, que hacía que no fuera entendida. Ahora, hablaré para que me oigan todos, para que se enteren todos de lo que digo. He necesitado convertirme en una de tantas para poder chillar. ¡Ya ves qué contraste! Ahora que debía hablar muy bajo, muy quedo, ahora es cuando me van a oir todos. Te lo repetiré: has sido un cobarde.

RAM. Basta. He tenido calma para escucharte hasta aquí, no sé si respetando que eres mi hermana o por inspirarme lástima por lo que eres. Debe ser por esto, porque como una de esas me estás hablando.

CONS. ¿Qué dices? ¿Que hablo como una de esas? ¿Yo? ¿Como una mujer sin pudor ni vergüenza? ¿Pero, te figuras que por ser hermano, y por ser verdad mi desgracia, voy a tolerar que me lo digas en mi propia cara? ¡Ah, no; eso no! Te hablo como se le debe hablar a un hermano como tú, como he debido hablarte siempre. Ya ves, siendo hoy lo que soy me avergüenzo de ser tu hermana.

RAM. ¡Miserable! (Se abalanza sobre ella con los puños cerrados y los brazos en alto, cuando ella, por el desgaste de nervios, cae llorando a sus piés.)

CONS. Perdóname, perdóname. Soy una degraciada. Pero me has ofendido, me has dicho que era una cualquiera...

RAM. ¡Desdichada! Hasta dónde te ha conducido tu amor por tus hijos... ¡Desdichada!

CONS. Perdóname. Pero ¿qué no hubieras hecho tú en mi lugar? Si en lo alto de una torre hubieras visto a un hijo tuyo que iba a arrojarse en el espacio, ¿no te habrías tú puesto en su lugar para conservarle la vida?

RAM. Pero es que aquí no se ha llegado a ese extremo.

CONS. Aquí era mucho peor. Y si con mi vida hubiera podido evitarles esta vergüenza de hoy la vida me hubiera quitado, no lo dudes.

RAM. ¡Madraza!

CONS. Madraza, sí; robaría por mis hijos, mataría por mis hijos; todo por mis hijos, por ellos. Por un capricho, por una vanidad mía, nada. ¿Merezco perdón?

RAM. Bien castigada estás. Levanta. Fuí cobarde abandonándote, en esto tienes razón, pero cuando se tropieza con una madre cuya idolatría por sus hijos llega hasta la temeridad, todo cuanto se diga y se haga resulta insuficiente. Tú posees la prueba.

CONS. Ramón... hermano mío... dime algo, justifícame, perdóname.

RAM. Mi perdón no te es necesario; mira a ver si logras el de tus hijos, ese es el que necesitas y dudo que lo consigas. Unicamente eso traen los hijos, ingratitudes. ¡Pobre hermana mía! ¿Qué puedo ahora hacer yo por ti?

CONS. Tienes razón; nada.

(Por la izquierda entran PRESENTACIÓN y ESTRELLA)

PRES. ¡Hola, tiíto!

EST. ¿Cuándo has venido?

PRES. Qué poco nos quieres. Nos dijo la mamá... ¿Lloras tú, mamaíta?

CONS. No, hijita, no.

EST. ¿Qué es eso? ¿Por qué lloras?

PRES. Ya nos lo estás diciendo en seguida, que si es el tío quien te ha hecho llorar, le pegamos.

EST. ¿Ha sido él?

CONS. No, tontita; vuestro tío y yo hemos estado recordando tiempos pasados, y sin poderlo evitar nos hemos entristecido un poco.

PRES. Es que si era él... ¡le pegábamos!

EST. (Besándola.) ¡Pobrecita, que ha llorado! ¡Pues toma, toma y toma; para que no vuelvas a llorar más!

PRES. (Besándola también.) ¡Y toma, toma y toma; por llorar!

CONS. (A Ramón.) ¿Lo ves?

PRES. ¿No nos habéis oído? Hemos estado tocando al piano lo que nos ha traído don Jaime, que no puede ser más precioso.

(Por la derecha entra MARÍA TERESA.)

M. TER. ¿Se puede?

CONS. ¡Oh, María Teresa!

M. TER. Hola, niñas. Don Ramón... (Se sienta al lado de Consuelo, y Presentación y Estrella forman grupo con Ramón.)

CONS. ¿Cómo tú por aquí?

M. TER. ¿Sabes ya que mañana estrena Evaristo?

PRES. Nos ha traído un palco.

CONS. No sabía nada

M. TER. ¿Qué te contaré? ¡Estoy radiante!

CONS. ¿Otro amor?

PRES. No seas malo, tiíto. Y no te vas, y vienes con nosotros mañana a ver el estreno.

RAM. ¡Imposible! ¡Tengo que marcharme!

EST. ¡Pues no te marchas! Quién manda aquí, ¿tú o nosotras?

RAM. (Muy convencido.) Vosotras.

M. TER. Esta vez es cosa seria. Es... mira; es alto, moreno, con ojos de un color pardo... ¡En Rosales le conocí este domingo! Es artista, ¿sabes?

CONS. ¿Algún poeta?

M. TER. No, en serio; es pintor.

CONS. Pero mujer... ¿Será posible que teniendo marido hagas tú eso?

M. TER. ¡Teniendo marido!... ¡A cualquier cosa llamas tú marido!

EST. (A Ramón, que se ha levantado.) ¿Te vas ya?

RAM. Sí; no puedo entretenerme más.

PRES. ¿Pero volverás?

RAM. No sé. Consuelo...

CONS. ¿Cuándo volverás?

RAM. Mañana si puedo.

CONS. Que te espero, ¿eh?

RAM. María Teresa...

CONS. Espera; que te acompañe Jerónimo.

RAM. No hace falta. Buenas noches. (Mutis por la derecha.)

M. TER. ¿Vive fuera?

CONS. Sí...

PRES. María Teresa, ya que has venido, vas a oir lo más hermoso que se ha escrito.

M. Ter. ¿Algo nuevo?

Pres. Nuevo del todo.

Est. ¿Vienes tú también, mamá?

Cons. Después; id vosotras.

M. Ter. Bueno; voy a oir esa preciosidad. (Esto a Consuelo.)

Pres. (Haciendo mutis tras María Teresa y Estrella.) ¡Y lo es! No vayas a figurarte...

Jer. (Que entró durante las últimas frases, al quedar solo con Consuelo, lanza un suspiro de satisfacción.) ¡Un milagro!

Cons. ¿Eh?

Jer. Un milagro ha sido el que no se hayan encontrado.

Cons. ¿Vino ya?

Jer. Cuando salía el hermano de la señora. ¡Un milagro ha sido!

Cons. ¡Pobre viejo mío! ¡Cómo sufres por mí!

Jer. ¿Y por quién voy a sufrir sino por la persona a quien se lo debo todo?

Cons. ¡A lo que nos conducen los hijos!

Jer. No desmaye. Ahora ya está hecho; a luchar, a no ser cobarde, a no dejarse atropellar. Ya sólo falta que ellos se casen para salir victoriosa de su gran sacrificio.

Cons. Tienes razón, sí; sí, Jerónimo, a luchar, a no dejarse vencer.

Jer. Y que sea yo, yo, que he mirado a la señora como a una hija quien la aliente a... ¡Perra vida.

Cons. ¡Pobre Jerónimo! Pero no hay tiempo que perder. Unete a mis hijos y ya lo sabes.. También está con ellos María Teresa. Si cuando se marche pregunta por mí... dile lo que quieras. Anda, vé, ve, vejete mío.

Jer. Señora...

Cons. Anda. (Hace mutis Jerónimo por la izquierda y queda sola en escena Consuelo. Una pausa. Se ve la gran lucha que sostiene. Va a entrar en su habitación y retrocede asqueada de lo que allí le espera. Apaga la luz de la escena y sólo la que entra a través de los cristales de su habitación será la que dará esa semioscuridad apetecida. Después de un gesto resuelto, Consuelo se enjuga las lágrimas que brotan de sus ojos y se dispone a entrar.) A qué retroceder. Ahí dentro está la salvación, la felicidad de mis hijos. ¡Por ellos! (Hace mutis por la puerta del centro que volverá a dejar cerrada. De dentro llegan a

nosotros las notas que arrancan al piano las niñas y que ya no cesarán hasta que caiga el telón. Por un momento esto es lo único que distrae nuestra atención. Después la voz de PEDRO, muy alegre, hasta que sale a escena por la puerta de la derecha.)

PEDRO (Saliendo.) ¡Mamá! ¡Mamá! (Mira por la puerta de la izquierda y llama.) ¡Mamá! (De sus bolsillos saca un puñado de billetes y entra muy decidido por la puerta del fondo.) ¡Mamá! Mamá! (Dentro, viendo «lo que ya ha oído».) ¡Eh! ¡¡Madre!!

(Tambaleándose, como un borracho, aparece en la puerta, los billetes que se le escapan de las manos caen esparcidos por la escena. El, con un llanto que no será exagerado, cae desfallecido encima de una butaquita. Y mientras cae el telón, muy lento, oyense los sollozos de Pedro y las notas, ahora ya muy pianísimo, de «Una noche».)

FIN DE LA COMEDIA

Larache y Tetuán, 1919.

Obras de José María Garrido

Entre empresario y actriz, juguete cómico en un acto y en prosa, original. Teatro Romea. Valencia.

¡¡Bocucha!! viaje cómico en un acto y en prosa, original. Teatro de las Cortes. San Fernando.

Paces, paso de comedia, original. Teatro Olympia. Valencia.

El plat del día, comedia valenciana en un acto y en prosa, original. Salón Novedades. Valencia.

El trueno, casi sainete en un acto y en prosa, original. Teatro Municipal. Santa Cruz de Tenerife. (Segunda edición.)

El gran Meloni, inocentada en un acto, original. Salón. Imperial. Algeciras.

La misma sangre, drama en tres actos y en prosa, original. Teatro Real. Gibraltar.

El plato del día, comedia en un acto y en prosa, original. Teatro España. Larache.

Tormenta de amor, juguete cómico en un acto y en prosa. Salón Imperial. Algeciras. (1)

¡Madraza! comedia en dos actos y en prosa, original. Teatro Principal. Cádiz.

Mientras el alma llora... comedia dramática en tres actos y en prosa, original. Estrenada el 30 de Abril de 1920.

(1) En colaboración con Mauricio Torres.



PRECIO: 2,50 PESETAS